

la ruta de la lana



Proyecto Educativo
LEY DE FOMENTO
CONCURSABLE
PARA LA EDUCACIÓN

mec

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Dirección Nacional de Cultura



Manos a la hebra

La producción de lana y otros derivados del ovino son fundamentos de la economía uruguaya desde hace más de un siglo. Pero nada se logra sin gente en el campo. Los ovinos requieren el constante cuidado humano y eso encierra una ventaja y una desventaja: a la vez que dan empleo en lugares donde las opciones son muy escasas, son desplazados por otros rubros que no requieren tanto personal, algo que tampoco es fácil de conseguir en la campaña.

Redactor responsable:
Marcelo Pereira

Edición general:
Federico Gyurkovits

Edición y redacción:
Amanda Muñoz

Edición gráfica y fotografía:
Javier Calvelo

Armado y diseño:
Florencia Lista
Silvana Martínez

Corrección:
Rosanna Peveroni

Ilustración de tapa:
Ramiro Alonso

Coordinación:
Amanda Muñoz
Javier Calvelo
Lucía Pardo
Antonieta Giannarelli

Logística:
Alessandro Maradei

Distribución:
Martín Álvez

Domicilio:
Soriano 774. Montevideo.

Publicación premiada con el
Fondo Concursable para la
Cultura del MEC 2012

Suplemento 2# de 5
descarga gratuita en
www.ladiaria.com.uy



Ministerio de Educación y Cultura
LEY DE FONDO
CONCURSABLE
PARA LA CULTURA

mec
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Dirección Nacional de Cultura



Henry Fernández Souza con una oveja merino fino, en un predio próximo a pueblo Cayetano, al norte de la ruta 31, a 130 km de la ciudad de Salto. / FOTO: JAVIER CALVELO

Desenrollando la madeja

Cuál es el papel de los ovinos en el total de la producción agropecuaria es parte de lo que intenta responder *La Ruta de la Lana*. Cómo es esa producción en la actualidad, qué tipos de productores involucra, cómo es la economía familiar relacionada al ovino. Las preguntas nos llevaron a viajar a Salto, departamento que concentra la mayor producción del rubro, a pisar el basalto y a asomarnos a historias cotidianas que hacen parte de la cultura. “¿Qué más puedo agregar aprovechando que están ustedes?”, se preguntó uno de los productores, que al instante respondió: “Que del río Negro para acá también hay gente, que todavía queda gente para trabajar la tierra y quedan muchos muchachos que podrían quedarse si les diéramos capacitaciones y las oportunidades de desarrollarse”. El mensaje habla por sí solo en una campaña cada vez más despoblada.

El otro punto que desarrollamos refiere a la producción artesanal de la lana y su aporte a la economía familiar rural. Recogimos historias del noreste de Canelones y de Pepe Núñez (Salto), donde la lana teje más que prendas y constituye un ingreso propio para las mujeres además de un motivo de sociabilización.

La próxima entrega estará dedicada a la fase industrial y comercial de la lana.

Esperamos sus comentarios en larutadelalana@ladiaria.com.uy.

La oveja en el mapa

El aire acondicionado y su impacto en la moda, la demanda y la producción de lana

EL RUBRO OVINO significó uno de los principales ingresos de las exportaciones de bienes del siglo XX. Joaquín Martinicorena, presidente del Secretariado Uruguayo de la Lana, contrastó esa realidad con la actual: en la década del 50 llegó a representar 60% de las exportaciones de bienes y hoy apenas 3%. Cambiaron los tiempos: a fines de la década de 1960 la lana comenzó a ser desplazada por las fibras sintéticas; el impacto no fue inmediato. Australia buscó sostener el precio guardando un stock regulador que terminó cayendo en la década del 90, y con él lo hizo la producción mundial ovina. Luego, la expansión del aire acondicionado influyó en la moda e impactó en la demanda de lana; las textiles prefieren las hebras de diámetro más fino y hacia ellas se han orientado los productores, incluidos los de estas tierras.

En 2012 Uruguay frenó el declive del número de ovinos iniciado en 1992; para 2013 se espera un leve crecimiento (en 2012 había 8,2 millones y se estima que se contabilicen 8,3 millones). La mejora no es mérito exclusivo de la lana, sino que está

apuntalada por la producción de carne, que es una alternativa comercial a la que Uruguay apuesta desde fines de los años 90, con el desarrollo del cordero pesado. El punto fuerte del producto está en la exportación; los principales destinos son Brasil, China y la Unión Europea. El comercio exterior de la carne tiene dos limitaciones importantes que se está intentando revertir: la dificultad para exportar a Estados Unidos y vender carne con hueso (los cortes más valiosos) a la Unión Europea, mercados vedados desde 2001 por el brote de fiebre aftosa.

En números

En el año cerrado entre marzo de 2012 y febrero de 2013 el rubro ovino exportó por un valor de 361 millones de dólares: 250 millones de lana, 80 millones de carne, 16 millones de lanolina, 10,5 millones de pieles y dos millones de animales en pie.

El número de productores podrá conocerse cuando estén disponibles los datos del Censo Agropecuario 2011. Según la División Contralor de Semovientes del Minis-

terio de Ganadería, Agricultura y Pesca, en 2011 había 14.353 productores con más de 50 cabezas de ovinos. Martinicorena estimó que incluyendo a quienes tienen menos de 50 animales, deben ser cerca de 20.000 productores y que 12.000 serían de escala familiar.

Federico de Brum, ingeniero agrónomo y productor, resumió otros aportes del ovino: “Más allá de los números, dentro de la producción y la exportación, es muy importante la inclusión social, a un nivel como no la tiene ningún otro rubro, ni la agricultura ni la forestación, creo que incluso ni siquiera el vacuno. La cantidad de mano de obra que mueve el ovino no la genera ninguno de esos rubros, porque para trabajar la oveja se precisa gente, ya sea para curar una bichera o para la esquila; mueve camiones, fábricas, peñadoras de lana. Otro elemento positivo es que está al alcance de todo el mundo: no en todos los suelos de Uruguay se puede plantar soja, no en todos los suelos de Uruguay se puede tener un vacuno, pero prácticamente en todos se puede criar un ovino”.

Cambiar la pisada

La sobrecarga de los suelos desgasta la tierra y baja los índices de productividad

José Pedro Barrán y Benjamín Nahum llamaron "ganado-manía" a la conducta de los productores del 1900 de tener sus campos repletos de animales, sin contemplar la calidad, ni siquiera el riesgo de muerte ante una sequía. A pesar de que hace más de un siglo que se sabe que esa estrategia no conduce a buen puerto, en muchos casos perdura.

EN LA CIVILIZACIÓN ganadera bajo Batlle (1905-1914)¹, Barrán y Nahum señalaron que la sociedad rural uruguaya poseía dos valores supremos: "la posesión de la tierra y el ganado". Atribuían esos cultos a la clase alta rural que "dada su posición rectora dentro de la sociedad uruguaya [controlaba más de 40% del territorio nacional y más de 50% de los animales que iban al frigorífico], actuaba como modelo para los otros grupos sociales de la nación". Los autores relataron que los grandes estancieros enviaban sus vacas y novillos al frigorífico pero "su mayor satisfacción era observar los campos 'colmados'". Citando textos escritos por la Federación Rural en 1910 y 1912, dejaron sentada la crítica de ganaderos "progresistas" a sus congéneres "rutinarios" que recargaban los campos de ganado esperanzados "en el número, no en su calidad".

Los historiadores explicaron esa conducta por el desinterés de los estancieros de pasar trabajo e invertir en construir tajamares, establos, alambrar y hacer agricultura para alimentar a sus animales. A la vez apreciaron que "de la ganado-manía se deriva la alimentación exclusiva a base de carne y la creencia de que cualquier otro ingrediente es 'indigno' del hombre". "Yo no me mantengo con yuyos", respondió un poblador de la campaña en 1916 cuando se le recomendó una dieta variada. La respuesta, aún hoy, no nos es tan ajena.

El banco en casa

"El tema de la sobrecarga es sumamente importante porque es una de las costumbres que nuestro productor ha tenido históricamente para tener el recurso financiero: tener el capital arriba del campo y no en el banco. El productor grande tiene bien claro eso y el productor familiar y el mediano lo han mamado: les gusta ver que tienen determinado número de animales. Generar la conciencia de que teniendo menos carga va a producir mejor no es fácil de inculcar", reconoció José Carlos Taddeo, responsable de Promoción y Gestión de Desarrollo Territorial del Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP).

Javier Texeira, ingeniero agrónomo que trabaja en un convenio entre la Comisión Nacional de Fomento Rural y el MGAP, interpretó: "El productor, cuando tiene plata, no la guarda en una alcancía, sino que pone más y más animales al predio hasta que viene la primera seca, todo pa' afuera, desastre, y empieza otra vez. Si tiene pocos animales se siente descapitalizado. Pone más de lo que el campo resiste, y la oveja tiene la capacidad de soportar: manteniéndose viva produce lana; no pare pero da lana", sostuvo.

"Campos pelados" es una imagen recurrente que da cuenta del agotamiento del suelo. Se produce cuando el predio, por tener más animales de los que soporta, queda arrasado, sin pasto ni brotes que permitan su reposición

natural. En épocas de sequía, la situación se vuelve crítica, insostenible. Si bien los campos padecen la sobrecarga de vacunos, es más común que se los cargue con ovinos, porque los vacunos consumen más alimento y en caso de sequía se mueren. Como explicó Texeira, las ovejas tienen la capacidad de sobrevivir y, aunque adelgacen y no den corderos, seguirán produciendo lana. "Es parte de la ventaja y del inconveniente", acotó Jorge Duarte, productor de Salto.

Desandar lo aprendido

Todos los productores entrevistados manifiestan que cuesta entender que al tener menos animales mejorará la producción. María Teresa de los Santos, productora y presidenta de la Sociedad de Fomento Rural Basalto, vio la ventaja a partir del diálogo con otros ganaderos: "Nosotros hacíamos un mal manejo de nuestro establecimiento. Éramos de los productores que apilábamos las vacas y las ovejas, no vendíamos la producción y nos apretábamos el cinturón, porque queríamos tener esas reservas. Nos abrieron la cabeza y nos dijeron que con menos vacas y menos ovejas podíamos hacer el mismo dinero que con lo que teníamos amontonado. Yo decía: 'Sí, pero si vendemos tenemos mucho menos'. No me daba cuenta de que iba a ganar en calidad de lana, en calidad de carne, en desarrollo. Pero me lo tuvo que decir otro que sí sabía porque aprendió con un técnico que le dijo cómo tenía que ser el manejo".

Por su parte, Henry Fernández comentó que ha aprendido a cuidar la tierra: "Si mirás los números, estoy pasado, vivo pasado". No obstante, dijo que no llega a tener los campos arrasados, que trata de preservarlos justo a tiempo.

"Cuesta cambiar", reconoció Nelson Gutiérrez: "Yo no sé en qué va; tratamos de estar produciendo y vendiendo, pero siempre uno se va quedando corto [con lo que vende] y también a veces hay que esperar que un animal esté en buenas condiciones para venderlo. Por estar pasados, están los campos bajos. Pero no sólo yo, hay muchos vecinos que están en la misma situación. Tenemos que cambiar la mentalidad".

Silvia López señaló: "Hay gente que no se une a las reuniones informativas para asesorarse. Tienen un montón de bichos, sacan una hermosa producción y se les muere todo. Son varios los productores que tienen los campos pelados, sin pasto invierno y verano", lamentó.

Federico de Brum, ingeniero agrónomo y productor del norte de Salto, expresó que una de las principales consecuencias de la sobrecarga del predio son los malos comportamientos reproductivos: "Se generan muchísimos menos terneros y corderos. Ésa es una pérdida económica muy grande, pero como no es dinero que salga del bolsillo, es difícil que la gente vea lo que está perdiendo. Es un problema, sobre todo en los lugares donde predominan

los productores chicos, que tienen poca escala: si les decís que tienen que tener menos animales entran en pánico. No obstante, ocurre en todos los niveles".

Duarte sintetizó: "La realidad de estos pagos es desastrosa. Los índices de terneros que sacan de las pocas vacas que pueden mantener en esos campos pelados llenos de ovejas son un desastre, es lo que hace que no avancemos en los índices de prole de Uruguay, que no sale de 67%, 70% a lo largo de toda su historia. Hay gente que tiene 80%, 90%, pero acá hay gente que no llega a 40%, y es un tema cultural".

Extensión

"Es un tema de entendimiento. No se ha encontrado la didáctica para llegarles a estos paisanos, porque venimos vestidos de ingenieros. La cátedra lo que tiene que hacer es bajar escalones para ponerse a la misma altura y verse de frente con un paisano. Si viene como cátedra no se va a poder entender con un tipo que apenas tiene algún año de escuela, pero ¿quién es el que desciende para hablar en el mismo idioma? Yo he visto pocos", acusó Duarte.

Taddeo identificó el problema de la productividad tanto en vacunos como en ovinos, sector en el cual el promedio de señalada en Uruguay es de 70%, mientras que en otros países ronda 120%, 130%. "Hay mucho por trabajar. Tenemos que generar las tecnologías adecuadas para ese tipo de productores, pero a su vez llevarlas. Es lo que llamamos extensión, pero ¿cómo lo hacemos? ¿Quién lo lleva a cabo? Nosotros no hacemos extensión, trabajamos con el sector privado, que es el que tiene que llevar las tecnologías". Se refería, por ejemplo, a los técnicos privados que son quienes presentaron los planes ovinos en conjunto con los productores, y que para ello fueron capacitados por el MGAP.

Según Taddeo, se está intentando impulsar parte de ese cambio mediante la promoción del campo natural, porque "a pesar de todos los años que le hemos dado palo y palo y sequía y ganado y sequías, inundaciones, el campo natural sigue ahí". "Aliviás un potrero de animales y ese campo natural comienza a poblarse de a poco, las especies que son buenas comienzan a aparecer, a mejorar", agregó. Sostuvo que a partir de la década del 60 hubo cierto desprecio hacia el campo natural y que eso fue consecuencia de "copiar paquetes tecnológicos de otros lados". "La revolución verde fue un fracaso, porque en lugar de pradera natural se propuso plantar pasturas artificiales, y en lugares como el basalto, donde en los veranos siempre hay seca, se puede morir todo lo que plantaste, pero queda el campo natural. Aquello de decir 'quemó todo con glifosato e instalo praderas artificiales' tiene un costo muy grande, y además si viene una sequía, mata todo. Eso fue parte del gran endeudamiento de los años 80 y 90, no sólo por eso, pero los productores se endeudaron por tratar de introducir mejoramiento; copiaron esta tecnología de Australia y Nueva Zelanda, donde [las praderas] duraban siete, ocho, nueve años, mientras que acá duraban tres o cuatro como mucho. Hoy por hoy, gracias a técnicos que porfiaron durante mucho tiempo con la defensa del campo natural, en el estudio del tipo de praderas que tenemos quedó gente que sabe del tema y la idea es comenzar a trabajar en eso", explicó.

OVINOS EN LA PRENSA

Algo anda mal

Productores de los alrededores del lago de la represa hidroeléctrica Rincón del Bonete, ubicada en el centro del país, sufrieron pérdidas inusuales en marzo, cuando se les murieron cerca de 200 ovinos. Uno de los más afectados fue Ismael Araujo, que desde hace 13 años tiene sus majadas en dos islas del lago, por medio de un comodato con UTE. Algo similar ocurrió en 2012, cuando en febrero y marzo murieron 14 ovejas.

Las muestras de animales fueron enviadas a la División de Laboratorios Veterinarios del Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP). La primera semana de mayo Araujo recibió el informe, que aseguró que las muertes se produjeron por la ingesta de mielebergia, un yuyo silvestre. Al productor no le convence la respuesta. "Dice que es una florcita blanca con centro amarillo, pero esa florcita hace 50 años que convive con nosotros en el campo, por eso no creemos", comentó. Afirmó que los animales conocen su hábitat y que como saben de la toxicidad de esa flor, nunca la comen. ¿Qué cambió?

Para Araujo, la mortandad está relacionada con la contaminación del agua, porque ocurrió durante los días en que tenía el color verde característico de la presencia de cianobacterias. Sostiene que el espejo de agua de la represa está envenenado por la carga de agroquímicos derivados de los sucesivos años de práctica de forestación y agricultura. Junto con el resto de los productores afectados harán análisis en laboratorios particulares, porque desconfían de los resultados de las pruebas realizadas por el MGAP.

Del total de ovinos que tenía le quedan 172. "No estamos perdiendo sólo 60 ovejas, estamos perdiendo 60 vellones que íbamos a tener en noviembre, 60 corderos que pudieron haber nacido y todo lo que hubieran producido esas ovejas en los años que les quedaban de vida. Si les sumás seis, siete años, estamos perdiendo 400 ovejas más la producción y los vellones, no es un número bajo. Nosotros vivimos de esto", lamentó.

¹ Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1977): *Historia rural del Uruguay moderno. Tomo VI: La civilización ganadera bajo Batlle (1905-1914)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Punto va, punto viene

Tejedoras e hilanderas del noreste de Canelones

MARIELA RODRÍGUEZ atendía el puesto la tarde que visitamos la feria que la Asociación de Mujeres Rurales del Uruguay (AMRU) montó en el atrio de la Intendencia de Montevideo durante las dos primeras semanas de abril. De pocas palabras pero de rápida respuesta, la mujer fue contestando las preguntas. Ella y su marido son productores en la zona de Vejigas, 13 kilómetros al este de Tala. Tienen algunas ovejas y ella utiliza parte de esa lana, la hila en su rueca, la lava y la tiñe; después teje en telar con ese producto o con otras hebras que hila a partir de tops.

Entre las prendas exhibidas en la feria, mostró un chaleco hecho por ella en telar, con hebras de colores logradas a partir de remolacha, yerba, té, añil y líquenes de la madera. Poco después, un matrimonio europeo se lo compró; vender no es su tarea preferida, pero al estar allí presencié la valorización de su trabajo. La feria fue un éxito para todo el grupo: vendieron buena parte del stock, incluso artículos que ya pensaban desarmar para reutilizar la lana.

Inicios

“Empezamos a fines de 2008, con Carmen [Hernández], una compañera con la que teníamos ganas de hacer una actividad que fuera común a las mujeres. Ella sabía tejer, hilar y usar el telar. Nuestras primeras reuniones fueron en la plaza de Tala; ése fue nuestro lugar de nacimiento. Decidimos hacer un llamado por la radio para convocar a mujeres rurales”, contó Hortensia Brites, que no es tejedora pero ha sido un pilar en la construcción y crecimiento del grupo. Hortensia fue fundadora de AMRU y vive a 17 kilómetros de Tala, con su esposo, en un predio de seis hectáreas, donde tienen cerca de 50 ovinos.

Comenzaron a reunirse en el rancho del Viejo Pancho, ubicado en Tala y de propiedad municipal; tejían y vendían al impulso del boca a boca. Obtuvieron un fondo de 3.000 pesos de AMRU para comprar lana y de cada prenda vendida empezaron a destinar un porcentaje para formar un fondo para reponer la materia prima. En 2009 se presentaron a un llamado a emprendedores del Ministerio de Desarrollo Social (Mides); recibieron un préstamo de 15.000 pesos para comprar ruecas y lana, y accedieron a capacitación en costos y marketing. Fortalecieron los conocimientos de tejido mediante un curso de valida-

El grupo Wairá, que en guaraní significa “lo que trajo el viento”, está conformado por unas 12 mujeres que residen en zonas rurales aledañas a la ciudad de Tala; son amas de casa y trabajadoras rurales que en los tiempos libres, generalmente durante la noche o en días de lluvia, son atrapadas por ruecas, agujas o telares. Aunque sea con periodicidad regular, la actividad les reporta ingresos económicos. Pero la tarea encierra otro beneficio incalculable: la lana es una excusa de reunión que repara, en cierta medida, un entramado social debilitado por el éxodo rural y por la ausencia de espacios de sociabilización.

ción de talleres en la Universidad del Trabajo del Uruguay, donde también recibieron contenidos de matemática y español.

En 2012, por intermedio del Mides, el colectivo contó con el apoyo de alumnos de la carrera de Diseño Industrial de la Universidad de la República, que contribuyó a uniformizar las prendas y buscar una identidad; Hortensia resaltó que fue una experiencia transformadora, porque partió de los saberes de las mujeres y consolidó la valoración de lo que se hacía.

Crecimiento

Élida Estévez tiene 41 años y vive frente a la casa de Mariela, en Vejigas. Se unió al grupo hace un año. Trabaja algunos días en un invernáculo y el resto del tiempo lo dedica a las tareas de la casa y del predio: con su marido tienen cinco hectáreas, en una de ellas tienen viña y en las otras cuatro crían terneros con su hijo. No puede trabajar todos los días en el invernáculo ni con los tejidos porque también cuida a sus padres, pero todos los viernes asiste a las reuniones del grupo, que se hacen en Tala, en la casa de una compañera. Dice que allí planifican y recuentan el material, pero destaca: “Y un rato se conversa, vamos a distraernos un rato, más que a otra cosa”.

Nos recibió en su casa un domingo de mañana; había conseguido una rueca prestada para mostrarnos cómo se hilaba. Sus manos iban rápido y conocían de memoria los movimientos; cuando venció la vergüenza su nieta de tres años trepó a su falda y Élida siguió moviendo el pedal de la rueca con la niña encima, todo era parte de una rutina. Antes de casarse, Élida tejía crochet, pero los quehaceres del hogar la absorbieron; hace poco volvió a las agujas. Contó que le gusta tejer pero que no puede dedicarse a eso porque el ingreso no es seguro: se vende cuando hay alguna exposición y eso no siempre ocurre.

Hortensia rescató la función social del grupo, dijo que cuando pasan varios viernes sin verse, las compañeras comienzan a llamar para retomar los encuentros. “Éstas son zonas en que las mujeres están muy solas porque la emigración ha sido bastante di-

fícil y los que no han emigrado y son jóvenes, están todo el día trabajando. No tienen aquello que tenía la sociedad rural hace 30, 40 años, cuando los vecinos se visitaban entre ellos, entonces estás más incomunicada todavía”. Agregó que el aislamiento es más perjudicial en los casos en que existe violencia doméstica. “No sólo es un grupo de lana, el dinero es importante y es la justificación de salir y demostrar en la casa que ganás dinero”, remarcó.

Los precios de las prendas los fija cada tejedora con el asesoramiento del resto. “Tal vez los precios están bajos”, reconoció Hortensia, pero resaltó la necesidad de vender el producto.

Perspectiva

“Nuestro gran problema sigue siendo el lugar, en los pueblos no hay lugar donde reunirse”, lamentó Hortensia. Dijo que diferentes autoridades locales de la intendencia les prometieron un espacio, pero que eso nunca se concretó. Ahora están elaborando un proyecto para que una ONG les financie la construcción de la sede dentro de la Sociedad de Fomento Rural de Tala. Necesitan el local para armar un taller de tejido, porque si bien muchas tejen en sus casas, es necesario profundizar y homogeneizar conocimientos. También aspiran a integrar a algunas jóvenes.

Cristina Ramos, una de las integrantes del grupo, es tejedora a máquina y se unió cuando escuchó el aviso en la radio: quería aprender a hilar y a tejer en telar. Espera que pronto puedan montar el taller. Mientras tanto, aporta alguna prenda tejida a máquina y disfruta de salir a vender, porque eso le permite conocer otras personas. Vive con su marido, entre San Jacinto y Tala, en un predio de cinco hectáreas en el que crían terneros y cerdos. Atendía el puesto de la feria de AMRU una tarde de la segunda semana de abril. Su vínculo inicial con el tejido también tuvo un condimento social. Riéndose lo recuerda: “Antes cuando iba al liceo, no sé si nos había dado la moda esa, que todas hacíamos cuadraditos de crochet para hacer almohadones, tejíamos sentadas en los bancos de la plaza de Tala mientras esperábamos el ómnibus”.



IDEAL

Nombre: ideal o polwerth. Ovino muy rústico, de tamaño mediano, que se adapta a climas templado, cálido, semiárido a húmedo.

Origen: australiano, cruza $\frac{3}{4}$ merino y $\frac{1}{4}$ lincoln.

Propósito: lana, pero tiene buena carcasa.

Pelaje: vellón semicompacto o compacto, buena longitud de mecha y en bloques, de buena finura (22-27 micras). Cara con poca lana.

Peso: machos de 85-95 kg y hembras de 55-60 kg.

Cabeza: hay dos variedades (mochas y con astas); tienen mucosas despigmentadas.

Patas: medianas, cubiertas de lana; pezuñas blancas.

Presencia en Uruguay: 8%.



TEXEL

Origen: holandesa desarrollada a partir de old texel y lincoln. Ovejas que procrean mellizos e incluso trillizos.

Propósito: carne, de excelente calidad.

Pelaje: vellón de poca extensión. El de los machos promedia los 5 kg y el de las hembras, 3,5 kg.

Formato cuadrado. Diámetro de fibras de 26 a 30 micras. Lana blanca, con buen rendimiento al lavado.

Peso: gran desarrollo físico y mucha precocidad, alcanzan los 45 a 50 kg el primer año. Los carneros adultos alcanzan pesos de 100 a 120 kg y las hembras adultas de 70 a 85 kg.

Cabeza: sin lana. Arcadas orbitales salientes. Orejas grandes, de inserción alta. Mucosas nasales, labios y bordes de lagrimales con pigmentación negra. Mocha en ambos sexos.

Patas: sin pelo. Fuertes y largas, con pezuñas negras.

Presencia en Uruguay: menos de 2%. Primeros importados en 1970.

1860: los productores vacunos comienzan a integrar a los ovinos. Inicio del proceso de merinización, que sustituye a las razas criollas.

1860-1880: período de crecimiento de la producción lanera; se convierte en uno de los principales ingresos agropecuarios.

1908: récord de producción ovina: 26,9 millones.

1912: introducción de la raza merilín en Uruguay.

1914-1918: Primera Guerra Mundial. Uruguay exporta lana y carne para los ejércitos.

1935: creación de la Comisión Honoraria de Mejoramiento Ovino.

1940: comienza el proceso de corriedalización.



La Charrúa

Tejer en Pepe Núñez

Su taller, rodeado de plantas y árboles, queda al costado de su casa. La sala es pequeña y cálida: sacones, mantas, cubrepíes, ponchos y chalecos atestiguan decenas, cientos de horas de trabajo. Contra una de las ventanas tiene la rueca y, próximo a la otra entrada de luz, un telar de más de dos metros de largo: la medida necesaria para fabricar colchas de dos plazas. Allí pasa buena parte de sus jornadas Sandra Ferrón, artesana de Pepe Núñez.

LLEGÓ A ESE PUEBLO hace cerca de 20 años, cuando se casó con un lugareño, Javier Gutiérrez. Es oriundo de Quintana, pueblo vecino a Pepe Núñez. Tiene 37 años y teje en dos agujas desde que tenía cinco. Durante unos cuantos años se dedicó a las tareas de su casa y a criar a sus hijas, que ahora son adolescentes y estudian en el liceo de Tacuarembó. Hace siete años llegó a la zona una profesora para dictar, durante nueve meses, un curso de hilado y telar, por intermedio del Proyecto de Desarrollo Social de las zonas más pobres del Norte de Uruguay (conocido como Prodenor, del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente, la Comisión Europea y MEVIR). Sandra lo cursó junto a dos compañeras con las que formó un grupo. Le llamaron Las Charrúas, en referencia al nombre original del pueblo (ver recuadro).

La emigración y el despoblamiento en esa zona rural salteña son importantes. Hace cuatro años el grupo se desarmó, por motivos que pueden considerarse típicos de la realidad del lugar: una de sus compañeras se fue a vivir a la ciudad con sus hijos y la otra se mudó a un establecimiento donde trabaja y le dan hospedaje. Sandra continuó sola y pasó al singular el nombre del emprendimiento.

“Tiene que gustarte”

Sólo una parte de la lana que hila proviene de las ovejas del campo familiar. Trabajar de la lana del vellón lleva el doble de esfuerzo porque implica lavarla y secarla; generalmente sólo la usa para hacer jergones, ya que hacer mantas le insumiría mucho tiempo. “Es muy pesado el trabajo. Hace siete años que trabajo la rueca y la columna ya lo siente. Paso todo el día sentada. Una manta lleva cuatro, cinco días de hilado, sólo de hilado”, describió. Por esa razón, combina su producción con lana mecha, que aunque sea más cara, ya viene pronta para usar.

Sandra armó su taller con el apoyo de otro proyecto, Un Salto para Todos (de la Intendencia de Salto, la Oficina de Planeamiento y Presupuesto y la

Unión Europea), que también le financió la compra del telar. El taller mejoró su rutina: “Trabajo todo el día y me rinde, estoy en casa cocinando y estoy acá en el taller”, cuenta.

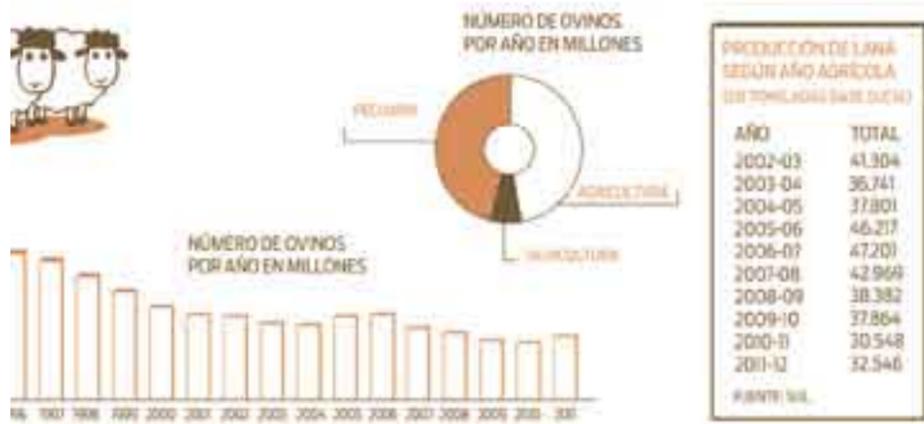
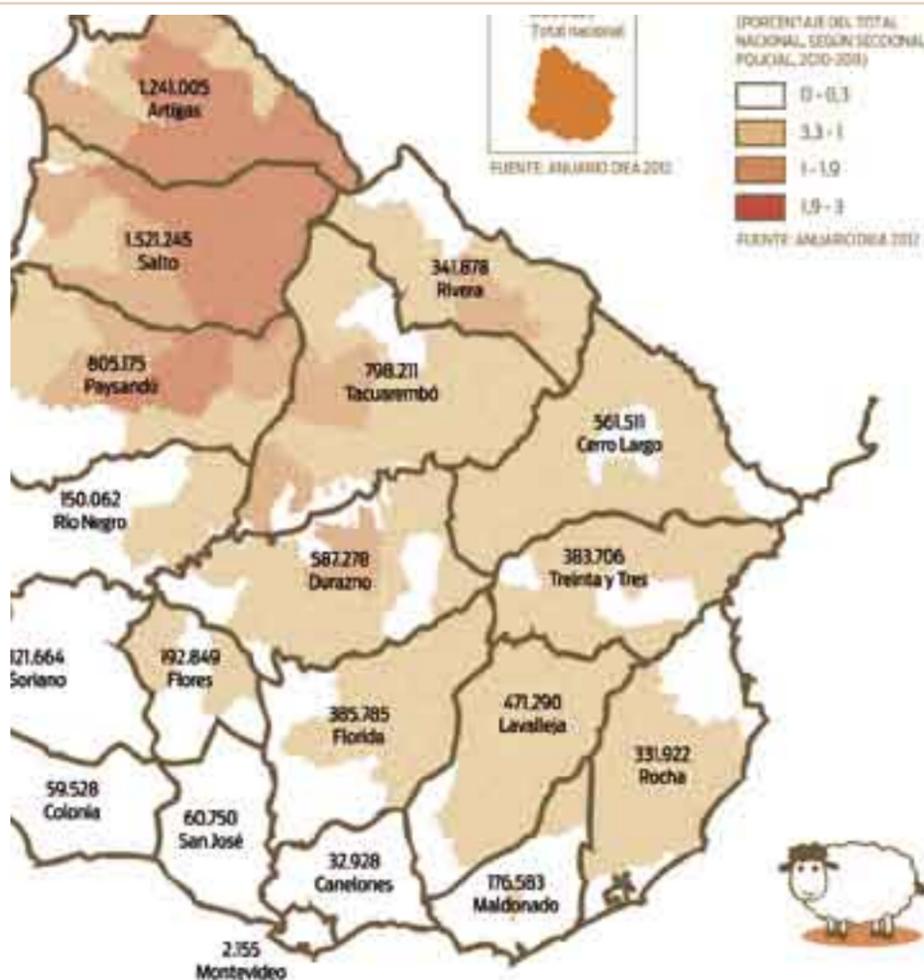
Y si bien dice con seguridad que es lo que le gusta, al mismo tiempo reconoce la realidad: “No es rentable, no vivís de esto. Mi esposo trabaja en el campo todo el día, si no, no daría. Acá no hay mercado, ése es el tema”. Sus prendas no encuentran cabida en el campo ni en Tacuarembó, que es la ciudad más cercana. Salto queda a 180 kilómetros, allí sí el mercado es más amplio y una señora comercializa sus artículos, pero el pasaje le cuesta 400 pesos (el ómnibus pasa por la ruta 31, a 20 kilómetros del pueblo; por esos 20 kilómetros hay quienes cobran hasta 400 pesos). Ir y venir a Montevideo, uno de los mejores puntos de venta, le sale 2.000 pesos.

Las buenas ventas las hace en ferias y exposiciones. Para eso necesita un buen stock, al menos 40 o 50 prendas, que justifique el transporte y el costo del puesto en los casos en que debe pagarlo. Su fuerte son las prendas de lana. Cuenta que las de hilo “no son muy vendibles”, por eso durante el verano se dedica a hacer stock. Al mismo tiempo, primavera y verano son buenas épocas para hilar, porque aunque se haga a partir de top, debe usar un fijador con agua caliente para que no se deshilache la hebra, y luego secarla.

Sandra muestra cómo se usa el telar y el insospechado trabajo que hay detrás. Para hacer una manta de dos plazas debe hilar 130 hebras, una por una. Mediante una aguja que llaman naveta va colocándolas transversalmente, para luego ajustarlas con el peine, y lentamente se va formando la trama.

Comparte que a veces, cuando tiene muchos pedidos, le vendría bien tener una persona que la ayude, pero a la vez indica que “no es fácil conseguir”. A una de sus hijas le gusta tejer en crochet y cuando puede, la ayuda con las terminaciones.

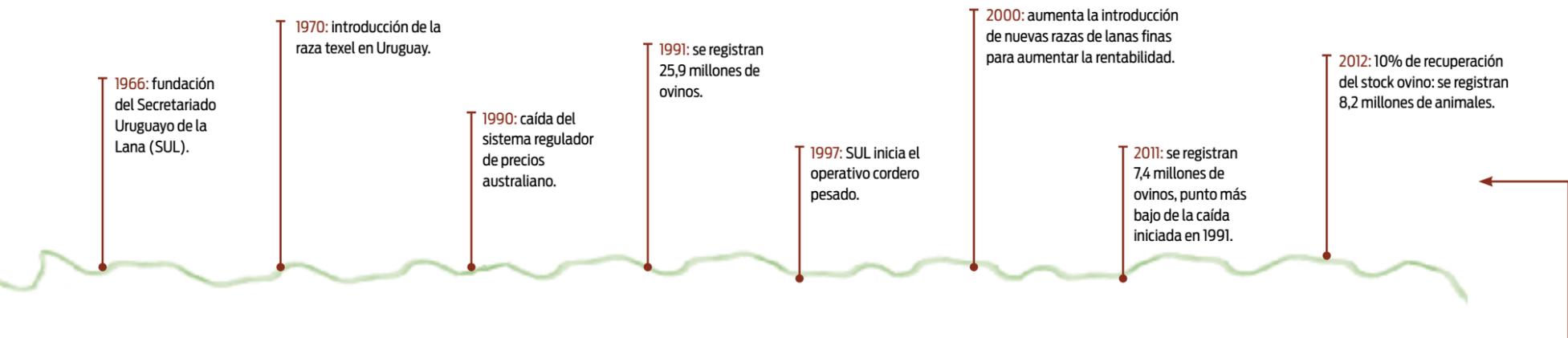
“Confeccionar una prenda lleva días”. Y son días, literalmente. De no-



INFOGRAFÍA: FLORENCIA LISTA

che no puede usar el taller porque no cuenta con luz eléctrica; cuando tiene que terminar un trabajo, además de destinar la tarde entera, comienza más temprano en la mañana. Aun así, de noche, en su casa, le dedica un tiempo a las terminaciones de cada confección, con la energía acumulada en una batería cargada por un panel solar.

Pueblo Charrúa. Por la vía de los hechos, el lugar adoptó el nombre de Pepe Núñez, que era el almacenero de la zona. Muchos habitantes reivindican que se vuelva al nombre original. De hecho, a fines de la anterior administración departamental hubo una votación para que los pobladores eligieran uno de los dos nombres. Charrúa fue el ganador, pero la escasa diferencia de votos y el cambio de gobierno dejaron la iniciativa por el camino. La polémica sigue abierta.



Campos de piedra

Crónica de un viaje en suelos de basalto

LA RUTA 31 atraviesa el departamento de este a oeste, uniendo la capital de Salto con la de Tacuarembó. Si se tiene en cuenta que se trata de una ruta nacional, su mantenimiento es bastante malo, pero si se la compara con los caminos que vendrían después se asemeja a una moderna autopista. A 107 kilómetros de la ciudad de Salto, a la izquierda se abre una carretera de balasto. Un cartel anuncia que conduce a Cayetano, un pueblo que figura en los mapas más detallados de Uruguay. Al comenzar a transitarla la dimensión del tiempo cambia. El trayecto es desparejo, con zanjas y piedras sueltas, interrumpido por cursos de agua que crecieron con la lluvia del día anterior; debemos descender la marcha a la mitad.

Hay una casa cada tanto. Vacunos y ovinos que pastan en predios alambrados y también sueltos, al costado de la carretera. Hay sólo un medio de transporte colectivo, que tres veces por semana un Salto con Masoller, pasando por unos 15 pueblos a lo largo de 500 kilómetros; cada viaje demora siete horas.

La zona presenta una de las densidades poblacionales más bajas del país y el atraso de los servicios básicos es enorme: recién está llegando la electrificación, el agua es de pozo y el servicio de telefonía, limitado; no hay más oferta educativa que las escuelas rurales y el acceso a puestos de salud es casi nulo. Vivir allí no es barato. Por mencionar sólo un ejemplo: como no hay energía eléctrica, las heladeras son a gas y consumen una garrafa por mes, a un costo que incluye el del traslado.

Pese a que la zona tiene menos pobladores que años atrás, Texeira rescata que en el basalto "hay un montón de pueblos", como no los hay en zonas agrícolas de Salto, y que su presencia se debe a "la cantidad de productores chicos, porque en la zona de los suelos más duros es donde está más distribuida la tierra".

Cayetano

Viven 300 personas. En la zona se encuentra la casa de Henry Fernández. Arrienda las 300 hectáreas (índice Coneat 80) del lugar donde vive; los ovinos, 1.300 en total, son su sustento.

Henry vive con su compañera y sus dos hijas. Vivió en la ciudad pero a los 18 años optó por irse al campo. Comenzó siendo asalariado pero se las ingenió para hacerse de su propia majada. "Tuve buenos patrones; me daban animales para criar, fui juntando. Peso que agarraba, peso que ponía en vacas o en ovejas que fui criando en la calle".

Pudo arrendar un predio donde criar a los animales. La sequía de 1989 fue fatal, vendió las ovejas y salvó parte del capital, lo que le permitió, más adelante, volver a comprar. En 1996 se mudó al predio donde está ahora. La seca de 1998 y la crisis de 2002 fueron lapidarias; ya no pudo recuperar el ganado vacuno pero, aunque la redujo, logró salvar los ovinos. "Siempre me quedé con ovejas. La oveja te da la plata de todos los días. Por poco que valga, tenés el consumo [de carne] y la lana. En tiempos de crisis, si no tenés para vender un camión entero, vendés una oveja, un cordero y te da palmas. El ganado [vacuno] es complicado, precisa mucha comida y en épocas de seca no se salva". En su elección inciden

Salto es la meca, dijimos, y allá fuimos. Las tierras que rodean a la capital salteña no son, justamente, las que hacen que el departamento sea el mayor productor de ovinos; en esa franja predominan las plantaciones de cítricos y la horticultura. Es hacia el este y el noreste, en suelos superficiales de basalto, donde se concentra el mayor número de ovinos. "Es la zona ovejera por excelencia, o por exclusión", adelanta Javier Texeira, ingeniero agrónomo salteño que trabaja en un convenio entre la Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) y la Dirección General de la Granja del Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP). Su contacto nos sirvió de llave para conocer a productores cuyas casas se ubican en un horizonte casi infinito.

otros factores: "Cuando tengo que juntar una vaca ando rezongando y si tengo que juntar una oveja ando contento. La oveja la aprendí a manejar, conviví con ella y me da plata".

¿Se vive bien criando ovinos? "Se vive; no se tira manteca al techo, pero se vive bien". Su casa es humilde y hace menos de un mes que tiene luz eléctrica. Trabaja entre diez y 15 horas por día, sin domingos ni feriados.

A comienzos de la década del 2000, animado por uno de sus ex patrones, pasó a integrar el Club Merino Fino, un emprendimiento de la Central Lanera Uruguaya (CLU) para aumentar la producción de lana fina (de 17 a 20 micras de diámetro) y superfina (de 15 a 17 micras). Fue sustituyendo su majada corriedale por esta otra, cuya lana se paga al doble; tiene un promedio de 18,6 micras.

Sus conexiones con la CLU, a la que le vende la lana, y con la Sociedad de Fomento Rural (SFR) de Mataojo le han permitido acceder a planes y beneficios a los que de manera individual no hubiera llegado. Como vedette, exhibió un carnero merino superfino que recibió hace poco de la CLU, que le permitirá afinar su majada; mediante planes del MGAP consiguió fondos para alambrados, semillas y fertilizantes para hacer pequeñas praderas.

En el basalto superficial también se siente el aumento del valor de la tierra. Han llegado ganaderos del litoral que arrendaron sus campos fértiles para agricultura. Locatarios como Henry sienten el impacto. Si un día la dueña le pide 90 dólares por hectárea, o quiere vender el campo, sabe que no podrá pagarlo. Por eso aspira a que el Instituto Nacional de Colonización (INC) compre el predio a aquellos dueños que quieran venderlos y cuyos arrendatarios (que lleven años en el lugar y vivan de él) no puedan adquirirlos. "En Mataojo hay quienes viven en predios de 100 y pocas hectáreas con índice Coneat 40 hacen changas también, pero viven con ese cuadrado. [El presidente del INC, Andrés] Berterreche nos dijo que era complicado comprar campos chicos, el mínimo de ellos es 500 hectáreas. Habría que buscar la forma; esta zona se despuebla y si no pasa eso, sólo van a quedar los grandes. Si se quiere que ande gente en el norte, en el noreste, en estos campos duros que no son para agricultura, algo de eso tiene que pasar".

Zanja del Tigre

El poblado no figura en el mapa, pero sí el área mayor que lo comprende: Mataojo. Ya era de noche cuando dejamos la casa de Henry para ir a la de Jorge Duarte y Elena Esteves. Las dificultades para

transitar el camino se incrementaron porque los cursos de agua que tapaban la carretera eran más importantes que los anteriores. No se veía ni una luz en el horizonte. Tardamos más de una hora en hacer 30 kilómetros.

La casa de los Duarte, con una antigüedad de 100 años, es amplia y cómoda. No tiene corriente eléctrica, pero un motor permite usar energía hasta la hora de irse a dormir. El predio tiene 413 hectáreas (promedio de índice Coneat 50) y el rubro principal es la cría de vacunos (tienen 400 terneros). Como ingreso complementario, tienen 500 ovinos. "Hace unos años en este predio hubo 3.300 lanares", rememora Duarte y esboza las causas del descenso. Explica que en aquella época no había jabalí y que la crisis que comenzó con la caída de la "tablita", en la época de la dictadura militar, se agudizó con la seca de 1988-1989. Agrega que la rentabilidad terminó de desplomarse con el brusco descenso del precio de la lana a comienzos de la década de 1990, cuando cayó el stock regulador australiano.

"La oveja da trabajo y necesita de una especialización, una cultura de oveja que se perdió por diez, 12 años de ostracismo, de que la lana no valiera nada". Elena es profesora de literatura y la madre de Duarte era maestra. Cuando la situación con el lanar se complicó, encontraron alternativas laborales en la ciudad.

"La paisanada que vive acá es una cosa impresionante; a los tipos hay que hacerles un monumento porque fueron los que quedaron con las ovejas y los que quedaron arriba de esta tierra. En Soriano hay tierras que tienen índice Coneat 180 y acá hay quienes tienen 30 de promedio. Yo traigo a los genios de Soriano y los pongo arriba de un índice 30 y no sacás ceniza pa repartir, mientras que si llevás a un paisano de aquí, que sobrevive arriba de las piedras y que cría a su familia, y tira unas semillas, se echa a dormir y saca un vergel. Ésas son las realidades distintas de un lado y del otro, que no se pueden comparar. En la crisis [provocada por la caída del precio de la lana] las grandes superficies desaparecieron, se llevó a los que tenían 25.000 hectáreas de campo. Quedaron los chicos", valora.

Los Duarte volvieron al campo "cuando la cosa mejoró", pero no querían saber nada con las ovejas: "Las que precisábamos para el consumo las comprábamos". "Un día, un amigo me muestra una raza que inventaron los australianos en el tiempo de la gran crisis: el merino multipropósito, que da una muy buena carcasa carnicera y una lana muy fina", acota. El negocio volvió a ser rentable.

Los ovinos fueron desplazados del pedestal en el predio de los Duarte, pero el tema les apasiona y el animal mantiene su prestigio en aperitivos, cenas y almuerzos.

A la mañana siguiente visitamos a Silvia López, que también vive en Zanja del Tigre. La mujer había anunciado que temprano tenía que arrear unos animales. La manada de vacunos se anunció antes que ella: los traía a caballo con su compañero.

Silvia tiene 53 años y vive allí desde que nació; heredó parte del predio de 440 hectáreas que usufructúa. Su ingreso principal son los 450 ovinos merino y

tiene además 100 vacunos. Cría ovinos desde hace 20 años. Rememora que llegó a tener 1.500, pero aprendió que "es bueno criar menos y más buenos". La productividad del predio es bastante baja, tiene índice Coneat 44. Su lana es muy fina: promedia las 16 micras de diámetro. "Andamos en la gestión de la luz", dice, al tiempo que da cuenta de las restricciones y lo caro que es vivir así. Mientras charlamos, una cachorrita juguetea y ladra para que la suelten; será una nueva aliada: "Los perros me ayudan, no hay gente para contratar".

Silvia está ávida de información. Trata de asistir a reuniones y lee las revistas especializadas que le llegan. Técnicos de la sede de Tacuarembó del Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria le propusieron una experiencia conjunta y aceptó; sabe que puede aprender sobre el manejo del predio. Está en contacto con técnicos del SUL; con ellos hizo el curso de acondicionamiento de lana, lo que le permite esquilar y clasificar la lana de todas sus ovejas. Las oportunidades en la zona no abundan, pero las aprovecha: si en pueblo Fernández se abre el curso para terminar Ciclo Básico, irá. Se ha beneficiado con algunos planes del MGAP para productores rurales, con lo que ha financiado parte del pozo semi-surgente, alambrados y recientemente, con la ayuda del Plan Ovino sumado a capital propio, compró cuatro carneros que mejorarán su majada.

Pepe Núñez

El trayecto para llegar sigue siendo sinuoso; en el medio está Quintana, un pueblo que tiene luz desde hace poco y representa la ilusión de que la electrificación llegue pronto a Pepe Núñez.

Nelson Gutiérrez hace más de 40 años que vive allí con su esposa, Gladys Mirazón. Sus tres hijos también están en el predio, que reúne unas 1.400 hectáreas, con 42 de índice Coneat, promedio. Nelson tiene cerca de 2.000 ovinos; sus hijos, unos 700.

"El trabajo en campaña es muy sacrificado, a veces andamos cansados y no dan ganas de salir pal campo, pero hay que salir igual", dice Javier, uno de los hijos. Cuenta que en verano tuvieron que curar, día por medio, a 200 ovejas que se habían abichado; también los afectan los parásitos e indica que los remedios "son caros y no dan resultado" (no hacen análisis de resistencia a medicamentos).

Nelson tiene 73 años y más de 50 criando ovinos. Empezó con su padre en Tacuarembó; tenían merino. Luego optó por corriedale -que es más resistente a algunas enfermedades-, pero hace cinco años, junto con sus hijos, volvió al merino, para afinar la majada. También incorporaron vacunos como complemento, pero su preferencia son los ovinos: "Es muy entretenido trabajar con la oveja. Son varias las tareas que hay que hacer: el desoje, curarlas, cortarles las pezuñas", describe mansamente, como si fuera un pasatiempo. Cuenta que tuvo la suerte de poder trabajar con sus hijos y de que hay mucho compañerismo entre ellos. Si no fuera así, no podría seguir: "Cada vez se está poniendo más difícil conseguir gente para trabajar, es muy poquita. Puede ser que ahora, si viene la luz, si se tuviera más comodidad, haya más gente. Pero no la veo".

Henry Fernández Souza, Yusara y su hija Marisol en un predio próximo a pueblo Cayetano.



FOTOS: JAVIER CALVELO



Sandra Ferrón en su taller de hilado, tejido, exposición y venta La Charrúa, en Pepe Núñez o pueblo Charrúa.



Ismael Gutiérrez, en la casa de su abuelo en Pepe Núñez.



Jorge Duarte y Elena Esteves, en Zanja del Tigre.



Silvia López, en la puerta de su predio de Zanja del Tigre.

Entrando al territorio

Entrevista con José Carlos Taddeo

Es veterinario, trabaja desde 2006 en el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP) y hace dos años asumió como director de Promoción y Gestión de Desarrollo Territorial de la Dirección General de Desarrollo Rural (DGDR). Es el representante del MGAP en la Junta Directiva del Secretariado Uruguayo de la Lana (SUL). Entre semana vive en Montevideo; su casa queda en Tambores, departamento de Tacuarembó, donde administra un establecimiento agropecuario. "Es el vínculo que me queda. Es lo bueno que tiene, porque la cabeza piensa según donde se pisa. A veces estoy pisando mucho Montevideo y tengo que ir a pisar un poco de territorio, de gramilla o de piedra", especifica.

-La DGDR es relativamente nueva: se creó en 2008. ¿Cuál es el foco del trabajo?

-La dirección de desarrollo nos permite trabajar con otra perspectiva: no se ve estrictamente un rubro en sí, sino que se trata de acompañar a la gente que está detrás de los diferentes rubros de la actividad agropecuaria. La población objetivo de la DGDR no es solamente el productor, sino que es también el asalariado rural y la población rural. Uno de los cometidos de la dirección es generar políticas diferenciadas para la población objetivo que tiene mayores dificultades para salir adelante. El desarrollo no es solamente decir qué bien que producimos en ganadería, en tomate, en maíz, cuando de repente no tenés los servicios para que la familia que está en ese territorio tenga ganas de quedarse. En la ruta 31, que atraviesa todo Salto, hay una cantidad de productores familiares sin luz, sin teléfono, sin transporte adecuado, sin policlínica. Por más que trabajes muy bien para un rubro, es muy difícil que el productor rural no se vaya a la ciudad en busca de todo lo que en el campo le falta. La DGDR se creó para buscar esos vínculos que van más allá de lo productivo. Estamos empezando a trabajar de manera transversal, a articular con UTE, con Antel, con MEVIR, con el Ministerio de Transporte. Hay un lineamiento del presidente de la República que dice que la electrificación tiene que llegar a todo el territorio; UTE desde que se creó funcionaba como empresa, si no le resultaba rentable llevar la electricidad a una zona, no la llevaba. Hay que hacer políticas diferenciadas

Plan Ovino Fue impulsado en 2012 por la DGDR del MGAP y se financia con un préstamo de 3.598.577 dólares del Banco Interamericano de Desarrollo. Busca mejorar las capacidades productivas de emprendimientos del rubro ovino. Tiene la peculiaridad de apuntar a la conformación de colectivos: sólo podían inscribirse grupos, de cinco a 20 integrantes, que estuvieran conformados por 70% de productores familiares, el 30% restante podía incluir a productores no familiares y medianos.

Se aprobaron 115 planes que involucran a 1.020 productores (853 son familiares). El plazo de ejecución es desde diciembre de 2012 a mayo de 2014. El subsidio exige una contrapartida: el productor debe aportar el 50% de lo que cueste la inversión.



José Taddeo. / FOTO: JAVIER CALVELO

Clasificación de productores

La DGDR estableció el concepto de productor familiar, para quienes desarrollan algunas políticas diferenciadas. Los requisitos para ser catalogado como tal son explotar un predio que tenga hasta 500 hectáreas índice Coneat 100 (eso permite, por ejemplo, que formen esa categoría predios de 1.000 hectáreas con Coneat 50), residir en él o a una distancia inferior a 50 kilómetros, que la actividad sea el principal sustento económico y que la mano de obra contratada no supere los dos asalariados anuales o el equivalente a las jornadas que puedan generar dos asalariados hijos.

El MGAP considera productor mediano a quien tiene hasta 1.250 hectáreas índice Coneat 100 y grande a quien supera las 1.250 hectáreas Coneat 100.

porque si no las hacemos, la gente se va. La situación ha mejorado mucho, pero somos conscientes de que falta.

-¿Cuál es la situación de la producción ovina?

-Nuestro país fue construido en base a la lana. Llegamos a tener 25 millones de ovinos cuando se dio un quiebre a nivel mundial, en 1989-1990, con el stock de lana que guardaba Australia para que no cayeran los precios. Llegó un momento en que la situación no se aguantó más, se largó el stock al mercado y los precios y la población de ovinos a nivel mundial se vinieron a pique. Entonces lo que era un mundo dominado por lanas medias a gruesas se fue transformando a lanas finas y superfina y se abrió el mercado de la carne ovina. En Uruguay el SUL hizo un trabajo muy importante con el tema del cordero pesado. Antes se producían sólo capones y el cordero pesado, que se genera en un año de vida del animal, o menos, tiene un retorno rapidísimo; pasamos a comercializar un producto con un valor agregado muy importante.

-Pero esa alternativa es para algunos productores, para los que tienen suficiente comida para alimentarlos...

-Ésa es una de las alternativas que hemos estado trabajando desde la DGDR para que sea también para los productores chicos; ahí es donde entran los planes ovinos y el trabajo en cadena

que tratamos de llevar adelante con la población objetivo [ver recuadro]. Entran el cordero pesado, el afinamiento de lana, el alambrado, la infraestructura y la retención de borregos, que es una forma de aumentar el stock. Tradicionalmente los productores familiares, cuando llega el momento del destete, venden el producto, sea el ternero o el cordero, porque sus predios son chicos y no tienen dónde continuar la escalera. En enero, febrero, venden el cordero flaco a productores grandes que lo compran porque tienen espacio para invernarlo. Ese productor en agosto, setiembre, lo saca como cordero pesado y el kilo vale el doble de lo que pagó por el kilo flaco; está dentro de las reglas de mercado, pero ¿cómo hace el productor chico para lograr ese producto que tiene un valor agregado importantísimo? Con este plan fomentamos que un productor del grupo tenga una parcela de tierra donde haga mejoramiento para que todos manden allí sus corderos y produzcan un cordero pesado. Es una manera de fomentar que ese valor agregado se genere entre ellos. Lo mismo pasa con la adquisición de vientres y de reproductores. Pequeños productores de lanas finas presentaron un proyecto de compra de carneros de alta calidad genética y armaron un circuito de inseminación para usarlos. Les parecía estar en un remate ofertando por el mejor carnero junto con los pro-

ductores grandes, y haberlo comprado. Lo contaban con orgullo porque ellos solos no iban a poder hacerlo nunca. Siempre se ha dicho que juntar al productor ganadero no es fácil, y es cierto. En realidad, con estos 1.020 productores no generamos 115 grupos, generamos 115 emprendimientos asociativos; si después de este año y medio terminan en un grupo conformado, es uno de los indicadores que vamos a medir.

-¿Cuál es la importancia de fomentar el rubro ovino?

-Vimos en él un rubro interesante para el productor familiar. Históricamente el ovino estuvo acompañado del hombre: la producción ovina es el hombre, el pastor con las ovejas y el perro pastor es una imagen que se trae desde siglos atrás. La oveja precisa mano de obra. La ganadería vacuna es algo más fácil, el invernador larga a los novillos en el campo y los saca gordos. El ovino necesita más atención, por eso se dejó de criar en los establecimientos grandes, que fueron los que se desprendieron del ovino y pasaron a la ganadería vacuna; el ovino va quedando en los predios medianos y en los chicos porque está la mano de obra. Con eso estamos apoyando nuestra población objetivo y generando un rubro que es sustentable y que le ayuda al productor a quedarse en el campo. También consideramos importante no perder la cultura ovina que existe en el país.

-¿Convendría mantener la producción ovina si no fuera rentable?

-No podemos patear contra un clavo porque si no fuera rentable serían productores que tendrían que vivir en base a subsidios. El apoyo financiero que haya que darle tiene que ser por productos que tengan un sesgo de rentabilidad y que a su vez favorezcan la conservación del medio ambiente. No podemos pensar nunca más en un país con 25 millones de ovinos. Necesitamos tener los huevos repartidos en varias canastas.

GLOSARIO OVINO

Basalto: roca volcánica de color oscuro; una de las más abundantes en la corteza terrestre.

Carda: instrumento parecido a un cepillo, con puntas de alambre, para cardar tejidos. Su modelo más antiguo es un instrumento con mango formado por un armazón de madera en el que se insertaban los cardos secos. Durante muchos siglos se utilizaron las púas del cardo; de ahí viene su nombre, a pesar de que éstas fueron sustituidas por otros materiales.

Cardar: desenredar o peinar las fibras textiles en bruto para dar más suavidad y volumen, como paso previo a su hilado.

Coneat: índice estructurado por el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca y la Comisión Nacional de Estudio Agro Económico de la Tierra (Coneat), formada en 1968, que determina la capacidad de los suelos del país, evaluados en kilos de carne bovina, ovina en pie y kilos de lana por hectárea de campo natural. Cada hectárea de tierra uniforme tiene un índice Coneat puro y, a su vez, cada campo tiene un índice promedio, fijado en base a los distintos tipos de suelos que lo componen. La Coneat definió que el índice 100 es la capacidad productiva media del país. En suelos superficiales de basalto se encuentran campos con índice Coneat 30, 40 y 50, mientras que en zonas de gran aptitud agrícola, como Soriano, Río Negro y Colonia, se encuentran campos con índice 150, 180 y 190.

Core Test: análisis de laboratorio en la lana para determinación de diámetro de fibra, rendimiento al lavado y porcentaje de materia vegetal. Los productores le llaman "coreo". El Core Test o ensayo de caladuras comprende dos ensayos en uno: la determinación del "rinde" o rendimiento (base lana y base materia vegetal) y la determinación de la "finura" (diámetro de fibra promedio, medido en micras) del lote.

Micronaje: en el caso de la lana, diámetro o grosor de la fibra o pelo medido en micras. La micra es una unidad de longitud utilizada para medir cuerpos muy pequeños. Una micra es igual a 0,0001 cm, o lo que es lo mismo, una millonésima de metro. Las lanas más finas en Uruguay son de 20 a 17 micras y la superfina es menor a 17 micras.

Rueca: máquina de hilar, torno de hilar o hiladora; instrumento para hilar manualmente fibras textiles. Consiste en un bastón en el que se enrolla la rama de fibra, que incorpora una rueda, un pedal o manivela y una devanadera pequeña o soporte giratorio fijo para facilitar su extensión y la utilización. Herramienta muy antigua con importancia simbólica, por ejemplo, en India representa la lucha contra el imperialismo británico, ya que como parte de su campaña de desobediencia civil, Mahatma Gandhi convenció a sus seguidores de que la mejor forma de atacar al Imperio era no comprar los productos textiles extranjeros sino fabricar la ropa de forma artesanal.

Top (de lana): es el vellón de lana limpia y peinada, es decir, lavada y cardada. Se vende por kilo y es, en general, lo que compran las hilanderías para hilar, ya que el proceso de lavado y cardado da más trabajo.